

tiene un corazón sensible y aquella nobleza de sentimientos con que debe honrarse todo hombre.

— Muy bien pues, dijo Christian, obre vm. como mejor le parezca. Pero nadie, tomando ejemplo en mí, se atreva en adelante á trabar la lengua de una muger, pues que se hace preciso indemnizarle por ello despues, concediéndole el privilegio de hacer todo quanto quiera. Por último el caballo ha sacudido la brida, y debo ir yo tras él, porque no puedo ya guiarle.

Debemos ahora volver á la corte del rey Carlos á White Hall.

CAPITULO XII.

Y ¿qué puedo yo decirte,
Mas que un salvage inhumano,
Si me acabas de matar
Con el golpe mas amargo?
Tú, de mis secretos dueño,
Tú, mi consejero amado,
Que hubieras podido hacerme
Barras de oro con tus manos.
SHAKSPEARE, *Enrique V.*

Al parecer no padeció un eclipse mas completo la natural alegría de Carlos, en ninguna época de su vida, ni aun en el peligro inminente, que en el intervalo de la vuelta de Chiffinch y del duque de Buckingham. Sentíase sumamente incomodado con la idea de

que el hombre, para quien habia tenido mas indulgencia, escogido para participar de sus horas de recreo y de diversion, hubiese sido capaz de mezclarse en una conjuracion que á primera vista se dirigia contra su vida y libertad. Volvió á preguntar mas de una vez al enano, pero no pudo sacar mas de lo que supo de su primera narracion. Hudson le habia hecho la descripcion con colores tan fantásticos y romancescos de la muger, cuya visita suponía él haber recibido en la prision de Newgate, que no pudo menos el rey de pensar que el pobre hombre tenia la cabeza medio trastornada. Por otra parte como no habian encontrado nada en el tambor ni en las cajas de los otros instrumentos, aun se lisongeaba de que esta pretendida conspiracion no era mas que una chanza ó una equivocacion del enano.

Los individuos despachados para vigilar los movimientos de la congregacion de Weiver, contaron que cuantos la componian se habian dispersado tranquilamente. Súpose al mismo tiempo á la verdad, que todos estaban armados, pero esto no era una prueba de que tuviesen in-

tentos hostiles en un momento en que todos los buenos protestantes temian ser asesinados á cada instante; donde los gefes de la ciudad habian organizado una milicia y alarmado todos los ciudadanos de Londres con los rumores de los proyectos de insurreccion de los católicos; donde finalmente, para servirnos de las expresiones enfáticas de un alderman * de este tiempo, los presbiterianos creian generalmente que despertarian un buen dia por la mañana con el cuello cortado. ¿Quién debia cometer tan terribles acciones? esto era lo mas difícil de concebir y explicar; pero cada uno admitia la posibilidad, pues que un juez de paz habia ya sido asesinado. En medio de un terror pánico tan universal, no se podia inferir, de que se hubiese reunido y armado una congregacion de protestantes por excelencia, la mayor parte soldados veteranos, con otro fin que el de ejercer su culto, no se podia inferir, repito, que tuvieran proyectos hostiles contra el estado.

Los discursos violentos del ministro, aun su-

* Especie de magistrado comisario de cuartel. — N. D. 5.

poniéndolos bien probados, tampoco eran un indicio cierto de una conspiracion premeditada. Las palabras favoritas de los predicadores, las metáforas que usaban, los adornos que añadian, tenian siempre por entonces algo de militar. Tomar de asalto el reino de los cielos es una metáfora fuerte y bella, usada en un sentido general, como en la Escritura; pero ellos la esparcian por todos sus sermones, sirviéndose de términos técnicos usados para el ataque y defensa de una plaza fortificada. En una palabra el peligro que pudo haber habido en realidad, se habia disipado como una gorgorita levantada en la superficie del agua, que desaparece cuando se la toca, y no deja rastro alguno.

Mientras que se daba cuenta al rey de lo que pasaba por fuera, y que él lo discutia con sus consejeros, se mezcló la melancolía é inquietud al gozo que se habia notado al principio de la tertulia. Todos advertian algo de extraordinario, y la distancia en que Carlos estaba de las gentes aumentando la seriedad que se habia introducido en ellas, probaba que el espíritu del

rey estaba ocupado en algun negocio importante.

Dejóse por tanto el juego, guardaron silencio los instrumentos músicos, ó si tocaban no se les prestaba oido; los galanes dejaron de hacer cumplidos á las damas, estas de corresponder á ellos, y se difundió por todo el circo una curiosidad que tenia mucho de inquietud. Preguntábanse unos á otros por que estaban tan serios, pero sin tener otra respuesta que la que pudiera dar un rebaño de bestias, á quien el instinto enseña cuanto debe temer se acerque la tempestad.

Fué mayor la general aprension, luego que se esparció el rumor sordo de que, habiendo querido salir de palacio dos ó tres personas, supieron que á nadie le era permitido hasta la hora en que todos debian ausentarse. Y cuando volvieron á entrar en los cuartos, dijeron en voz baja que se habian doblado las centinelas de la puerta y que ademas estacionaba en el patio un destacamento de caballería: circunstancias bastantes extraordinarias para redoblar la inquietud y la curiosidad.

Tal era la situacion de la corte, cuando se oyó el ruido de un coche, y el movimiento que se siguió dió á entender la llegada de un personage de importancia.

— Aquí está ya Chiffinch, dijo el rey, con la presa en las garras.

Era en efecto el duque de Buckingham, y no pudo menos de conmovirse al verse en presencia del rey. Al entrar por el patio, vió brillar á la luz de las hachas que cercaban el coche, los uniformes color de escarlata, los sombreros galoneados y los sables desnudos de los guardias de á caballo, espectáculo extraordinario, capaz de infundir terror á una conciencia que no debía estar muy tranquila.

Apeóse el duque del coche, y se contentó con decir al oficial que estaba de servicio. — ¿Cómo está vm. sobre las armas tan tarde, capitan Carleton?

— Esta orden tenemos, milor, respondió Carleton con cierta concision militar; y mandó á los cuatro centinelas de á pie que estaban á

la puerta hiciesen plaza al duque de Buckingham. Pero apenas había él entrado, oyó al mismo oficial dar esta orden: — A su puesto centinelas. Ocupar la puerta y guardar bien el paso. Y le pareció que estas palabras le hacian perder toda esperanza de salvarse.

Al subir la escalera grande advirtió que se habian tomado mas precauciones, otras tantas señales de alarma. El número de Yeomen de la guardia estaba mas que doblado, y llevaban carabina en lugar de alabarda. Los gentiles hombres pensionarios, armados de partesanas, eran tambien mas en número que de costumbre. En una palabra, parecia que se habia puesto de prisa sobre las armas, y por algun motivo urgente toda la casa del rey.

Mirando Buckingham con atencion todos estos preparativos de defensa, subia con paso lento y firme, como si confiara los escalones en que ponía los pies. — ¿Quién me asegurará de la fidelidad de Christian? decia para sí: si está firme nos salvamos; en el caso contrario...

Cuando proponia esta alternativa, entró en la sala donde estaba el rey.

Vió al rey de pie en medio del salon, rodeado de los consejeros á quienes acababa de consultar. El resto de esta brillante asamblea, dividido en grupos diferentes, estaba á cierta distancia, y miraba. Todos se quedaron en silencio al ver entrar á Buckingham, con la esperanza de oír alguna explicacion del misterio que á todos agitaba. No permitiéndoles la etiqueta el acercarse, alargaban la cabeza para oír alguna cosa de lo que debia pasar entre el rey y el duque intrigante. Al mismo tiempo los consejeros que estaban próximos al rey, se pusieron cada uno á sus lados para dar lugar á que el duque prestara el homenaje segun el ceremonial en uso. Desempeñó este deber con su gracia ordinaria; pero el rey le recibió con cierta gravedad á que no estaba acostumbrado.

— Se ha hecho esperar Vuestra Señoría, milor, dijo Carlos. Hace ya tiempo que Chiffinch salió para mandarle venir aquí. Veo que viene Vuestra Señoría vestido con esmero. No era necesario tanto en esta ocasion.

— No podia él aumentar el brillo de la corte de Vuestra Magestad, respondió el duque; pero no estaba por demás para mí. Era hoy dia de gala en York-Place, y mi tertulia de Pendabler estaba de gran comilona cuando llegó la orden de Vuestra Magestad. No podia hallarme en la compañía de Ogle, de Manidue, Darson, etc., sin mudar algun tanto mi vestido y sin algunas abluciones antes de presentarme en este circo.

— Espero que la purificacion será completa, dijo el rey sin mudar el exterior, y con el rostro sombrío, severo y aun duro cuando la expresion no se suavizaba con la sonrisa que le era habitual. Deseamos saber de Vuestra Señoría lo que significa esta especie de mascarada musical con que se ha servido agasajarnos, pero que se ha malogrado, segun se nos ha hecho saber.

— Debía malograrse, dijo el duque, pues que Vuestra Magestad ha tomado el caso por lo serio. Yo pensaba divertir á Vuestra Magestad á quien habia yo visto divertirse con semejantes alboradas, enviando lo que tenia dentro la caja del violon, pero veo que la chanza no ha

salido bien. Temo que la fiesta de pólvora no haya causado algun mal.

— No todo lo que por su destino tal vez debiera hacer, dijo el rey en un tono grave: ya ve Vuestra Señoría, milor, que no tenemos ningun grano de pólvora en el rostro, y que todos estamos buenos.

— ¡Deseo que Vuestra Magestad lo esté largo tiempo! Con todo veo que hay en esto algo que yo no concibo; algo que debe ser muy poco digno de perdon, contra mis intenciones ciertamente, pues que tengo disgustado á un señor tan indulgente.

— Demasiado indulgente, Buckingham; y esta indulgencia convirtió á los súbditos leales en traidores.

— Si me permite Vuestra Magestad expresarme como siento no entiendo lo que quiere decir esto.

— Sigamos Vuestra Señoría, milor, y procuraremos explicarnos mejor.

Carlos, acompañado de los mismos señores que le rodeaban, y tras ellos Buckingham, á quien todos miraban, volvió al mismo gabinete

donde habia ya tenido varias consultas durante la noche. Allí los brazos cruzados y recostado sobre el respaldar de un sillón, comenzó á preguntar al duque.

— Hablemos con franqueza, y respóndame Vuestra Señoría la verdad, Buckingham, dijo el rey. ¿Cuál era la diversion que nos tenia preparada para esta noche?

— Una mascarada, señor, debía salir de la caja del violon una pequeña bailarina, y creia que Vuestra Magestad gustaria de sus cabriolas. Habia tambien dentro unos fuegos artificiales chinescos, y pensando que pasaria en el salon de marmol, habia creido que se podia encenderle sin motivar el menor sobresalto, y que hubieran producido buen efecto al aparecerse mi pequeña maga, rodeada de una atmósfera de fuego. Creo que no habrá habido ninguna peluca chamuscada; ninguna dama asustada; ningunas esperanzas de nobles descendencias frustradas, ¡gracias á una chanza mal pensada!

— No hemos visto fuego artificial, milor; en cuanto á la danzarina, esta es la primera vez